

misma como funesta en sus resultados, se agolpan aquí con tal abundancia, que no nos acarrearán sino la dificultad de escoger y de limitarnos.

Ante todas cosas, me permitiré preguntar á los maestros que enseñan aquí principios desmentidos por todos los representantes mas famosos del pensamiento y por los mas grandes maestros del arte: ¿Dónde habeis aprendido que el arte debe colocarse sobre esta base definitiva: "*la imitacion exacta y completa de la naturaleza tal como se ve ó tal como es*"? ¡Ah! Olvidais desde el principio lo que hay mas elemental en el arte, y el último de vuestros alumnos que ha conservado el sentido comun os responde: No, el arte no es una imitacion, es una *interpretacion*. ¡Qué! Esta cosa tan grande, tan generosa, tan libre y tan espontánea, la obra de arte, ¿no es otra cosa que una simple imitacion de la naturaleza, *tal cual es*? ¿Quién despues de esto, tendrá la vanidad doblemente loca, de gloriarse del talento, de la representacion y del nombre de artista? . . . ¿Qué hay menos liberal y menos espontáneo que la copia servil de la realidad? . . . ¿Dónde está el simple actor, por poca vida que sienta moverse dentro de sí, que consienta en reducir su papel á la imitacion adecuada de una realidad sentada? . . . ¿Lo forzareis acaso á no hacer oír mas que sonidos, vibraciones, acentos, anotados y marcados de antemano como condicion absoluta é inflexible de la imitacion de lo real *tal cual es*? . . . No, mil veces no: el artista por poco que se posea de su papel tiene necesidad de ensanchar el campo de su accion en el sentido de lo indefinido; tambien él tiene necesidad de ver y correr tras *el no sé qué* que no se encuentra en lo real: no es un autómeta á quien la realidad imponga tal gesto ó tal entonacion; es el libre *intérprete* de la realidad que eleva y que transfigura con todo lo que introduce de sí mismo y con todo lo que le añade de superior y de ideal. Es que en efec-

to entre la obra de arte y el objeto que representa hay un mediador necesario, *el alma del artista*. ¿Ignorais que el objeto, antes de pasar á la obra artística debe pasar por el intermediario de una alma humana? No: lo que el artista imita no es la realidad *tal cual es fuera de él*, es la realidad tal como es *dentro de sí mismo*. Ve la naturaleza, sin duda, pero la ve no vulgar *tal como es* en su trivial realidad; la ve, sí, tal como se la forjan á la vez su pensamiento que la mira, su alma que la siente y su corazon que la ama. En una palabra hace del objeto una imágen que grava en sí mismo conforme á cierto tipo de belleza ideal entrevisto por su génio; y esta imágen identificada á sí propio y toda llena de su vida, es la que va á trasladar á la tela ó al marmol; es, si me es lícito decirlo, comparando la creacion de una obra maestra con el cumplimiento de un misterio, es su verbo interior el que va á encarnar en su obra.

En este sentido sublime, es cierto, el arte, si queréis, es una imitacion, pero una imitacion generosa y libre de la vision que el artista lleva en su alma; es la expresion del artista conmovido al contacto de la realidad y elevado por su ideal. Ve la naturaleza; al mirarla transfigura la realidad que se encuentra abajo en un rayo caido de lo alto; y su obra, si no le falta el génio, será la expresion brillante de la naturaleza transfigurada. Suprimid entre la obra de arte y su objeto material, ese mediador plástico, el alma humana, el alma cuya invencible necesidad es mirar la idea que se remonta con su vuelo celeste sobre la realidad, el alma, que contempla, de grado ó fuerza, en una esfera mas alta que toda realidad creada, ese ideal que pertenece á la esencia de todo arte: entonces, al pié de la letra, ya no hay arte; ya no hay mas que un contacto material entre el objeto reproducido y la obra imitadora; y el arte, por no haber mirado *mas allá*, se destituye á sí mismo; cae en el mecanis-

mo del oficio ruin y en las construcciones del instinto; se reduce á la industria de los procedimientos y á la habilidad de la mano.

El arte, decís, es *la imitacion de la naturaleza tal como es*. . . ¿Qué! ¿Es acaso reproducir lo real, copiarlo, calcarlo, fotografiarlo, daguerreotiparlo tal como se ve y tal como es? Pero, en el nombre del arte y de la humanidad que ultrajais á la par, ¿es esto posible? ¿Es conveniente, es lícito, es útil al menos á alguno ó para alguna cosa? . . . ¿Es posible? No, mil veces no, ni siquiera es posible. La naturaleza con sus misterios desafía vuestra imitacion. ¿Cómo alcanzar con el génio de la imitacion por grande que se le suponga, ese fondo íntimo de los hombres y de las cosas cuya superficie no es sino una explosion imperfecta? . . . ¿Cómo pintar, esculpir, imitar toda la naturaleza y nada mas que la naturaleza? Y aun suponiendo que la intuicion del génio imitador pudiera alcanzar lo real, y todo lo real de la naturaleza, ¿por acaso esta imitacion es siempre admisible, conveniente, siquiera lícita? ¿Dónde habeis encontrado el artista que haya puesto en práctica hasta el extremo vuestra doctrina mas que paradójica? ¿Dónde está el génio bastante loco para atreverse, aun bajo el simple punto de vista del arte, á imitar toda la realidad y toda la naturaleza *tal como es*? Y por otra parte, ¿de qué sirve en el arte esta imitacion de la naturaleza *tal como se ve y tal como es*? ¿Cuál es su fin, cuál su utilidad? Si tal espectáculo me causa horror en la naturaleza, ¿porqué me forzais á contemplarlo en el arte? Vista en sí misma, esta realidad me repugna; ¿cómo me encantaré en vuestras obras? Desecho el original, vuelvo los ojos para no ver una figura cuyo aspecto es mi suplicio; ¿qué pretendeis viniendo á mostrarme la copia? ¿De qué sirve en el arte la reproduccion groseramente realista de lo que no puedo ver y mirar sin repugnancia en la naturaleza? . . .

¡Ah! ¡Si al menos aspiraseis á transfigurar lo horrible y á forjarle una auréola grandiosa que lo asemeje á lo sublime! Pero no: la transfiguracion repugna al realismo, y la esencia del realismo es mostrarme lo espantoso como espantoso, lo horrible como horrible, lo horrible tal como se presenta en el camino de mi vida forzándome á volver el rostro y á huir de su contacto. ¿Por acaso todo se ha de ver, todo se ha de gustar, todo se ha de saborear en la naturaleza? ¿Por acaso todo es en ella igualmente hermoso, interesante, simpático? Y si vuestro arte al tocar estas cosas no tiene el don de la transfiguracion, ¿qué simpatía tendrá para mí vuestra obra, y qué quereis que yo admire y que yo aplauda en ella?

¿Qué! Encontrais en el fondo de una taberna ó en el fango de las calles un hombre ébrio, deforme con su doble deformidad, que se coloca delante de vosotros en actitudes salvages y en posturas animales, y que hace gestos que ni pueden nombrarse: lo copiais rasgo por rasgo, lo fotografiais al pié de la letra, y me decís en una estatua, en un cuadro, en la escena ó en una novela: Mirad y admirad; es el retrato de lo real. . . Hallais en una choza, en una buhardilla, qué sé yo donde, al hombre cubierto de úlceras que personifica todos los horrores físicos de que una carne humana puede ofrecer el espectáculo: y héos aquí químico y anatomista del horrible material, haciendo en mi presencia la diseccion y el análisis de la llaga, del cáncer y de la úlcera. Y decís: ¡admirad! Veis que todo está aquí, que no falta nada: la copia es completa, es el retrato de la realidad. ¡Enhorabuena! Sois un hombre intrépido; habeis devorado por pintarlo todo, la última partícula del horror y desafiado el extremo poder de la repugnancia. Sea enhorabuena si os agradan estos espectáculos; pero vos que prometíais hacerme coger en el campo del arte nuevo, la mas bella flor del placer, ¿porqué venís á

exigirme que lleve hasta el heroísmo la victoria sobre mi repugnancia? No debiais hacer mas que agrardarme, ¿porqué encarnizaros en causarme náusea?

¿De qué sirven, decidme, estas exhibiciones repugnantes?... Si me agrada divertirme con el espectáculo del hombre ébrio, dejadme que lo mire en la calle, y si mi gusto me convida á saborear el extraño placer de mirar úlceras, ¿qué necesidad teneis de pintármelas? Iré á verlas en el hospital: allí al menos las encuentro vivas, y vuestras obras maestras realistas no valdrán jamás para mí lo que esos horrores vivientes.... Y aun cuando no tuvieseis que pintarme lo atroz, lo horrible, lo innoble, lo repugnante; si no quereis dar á la naturaleza ninguna auréola y á lo real ningun rayo que transfigure, decidmelo otra vez, ¿de qué sirven vuestros cuadros, vuestras estatuas, vuestros libros realistas?... Mas me agrada ver la naturaleza. La naturaleza al menos lleva siempre un reflejo del Creador y hace mas ó menos pensar en el infinito. ¿Qué miserable juego de niños es el prodigar tesoros de tiempo y quizá de génio, para mostrarme artificial y muerto ni mas ni menos lo que yo puedo, dando un paso ó volviendo los ojos, ver por todas partes natural y viviente!... ¿De qué sirven tantos esfuerzos para llegar á semejante nada? ¿Qué digo? Aun cuando no tuvieseis mas que hacer un retrato, una imagen, una efigie cualquiera, si no sabeis á través de la materialidad de los rasgos separar la *idea* del hombre cuya imagen me presentais, ¿de qué me sirve el retrato trazado por vuestra mano? Me agrada mas ver el original; si necesito una copia exacta, una imagen adecuada, una pintura realista de mí mismo, tengo á mi pintor siempre dispuesto; y yo os pregunto aquí con un hombre de talento: "¿Quién tendrá la pretension de pintarme mas fielmente que el espejo de mi chimenea?"

¡Ah Señores! Si lo que acabo de deciros no bas-

tase para confundir ante el arte las teorías del realismo, me bastaría apelar á ese sentimiento misterioso del *mas allá*, de que hemos hablado en las conferencias precedentes. ¿Qué! ¿En el nombre del arte se nos exige que nos aprisionemos en lo real, y se nos prohíbe mirar mas allá? ¿Como si esta ambicion del mas allá no fuese la insaciable y dolorosa pasion de los verdaderos artistas! ¡Oh grandes hombres! Vosotros que brillais á través de la historia del arte, con la auréola de vuestras obras, levantaos; venid á confundir esas groseras invenciones que insultan á vuestro génio!... ¡Ah! Vosotros tambien sabiais ver y pintar la realidad; la habeis reproducido rasgo por rasgo; habeis hecho mas aún, la habeis transfigurado. El retrato era tan bello como el original, y mas bello todavía que el original; no solo habiais alcanzado sino sobrepujado la pefeccion de la realidad. ¡Y sin embargo no estabais contentos! ¿Porqué ese gemido de vuestras almas en presencia de vuestras obras? ¿Porqué, en presencia de esa imagen tan bella y mas bella aún que la naturaleza, esa tristeza, esa melancolía, ese indefinible desaliento y esa desesperacion que descubro en vuestra alma de artista? ¡Ah! Es que alguna cosa os decía que llegar hasta los límites de lo real y aun mas lejos no era todavía bastante. Es que desde el fondo de esas realidades en que quiere encerraros un realismo despótico y llano, vuestra grande alma, como hemos dicho, aspira mas allá. Yo lo juro por vuestro génio: si todo el fin del arte no fuera mas que la representacion matemáticamente exacta de la naturaleza *tal como es*, ese gemido de vuestras almas en presencia de los milagros de vuestras manos sería un misterio absolutamente incomprensible; sería la contradiccion misma.... ¡Ah! Es que, en efecto, si todos vuestros esfuerzos debieran detenerse aquí, copiar lo real, copiarlo con una mano tan hábil y tan fiel como es posible; al llegar á este punto ya

no tendriais nada que desear; vuestra ambicion estaria satisfecha; diriais: La naturaleza está reproducida; héla aquí calcada sobre la realidad; lo real aparece en su verdad exacta; la imagen ha reproducido el tipo en su desnudez bruta; la obra está acabada; *nec plus ultra*, ¡ya no iré mas lejos!... Hé aquí la última palabra del realismo en el arte; es el *nec plus ultra* del progreso artístico; es la barrera que lo detiene y le dice brutalmente: ¡No irás mas allá!

Basta ya de considerar el Realismo en sí mismo; es tiempo de señalaros algunas de sus consecuencias.

II.

En verdad, Señores, si esta cuestion del realismo no tuviera mas alcance que el de un debate puramente literario y artístico, no habría lugar de que la palabra sagrada interviniese en una lucha totalmente mundana, y que no es su verdadero campo de batalla. Empero la cuestion del realismo, intelectual, moral, religiosa y aun socialmente, es una cuestion mas grave de lo que parece á primera vista. Considerado en su propia esfera, es decir, en la literatura y el arte propiamente dichos, es, como acabamos de decir una lepra que deshonorra á la majestad del arte y desfigura la fisonomía de la belleza. Pero sus consecuencias van mas lejos que él mismo; alcanzan las inteligencias, las almas, los corazones, las costumbres, la sociedad, la civilizacion; y por estas consecuencias sobre todo, es como el realismo entra en la jurisdiccion de la palabra sagrada y en el campo de sus combates. Lo que parece ser simplemente una diversion de las turbas y un capricho de los artistas, puede convertirse en un peligro para las almas y en un desastre para la humanidad.

El primer resultado del realismo, y el que menos percibe el vulgo, es su resultado en el orden intelec-

tual propiamente dicho; es su accion sobre las ideas. Nacido de las aberraciones filosóficas que hemos indicado en la Conferencia precedente, el realismo artístico, y sobre todo el realismo literario, vuelve á obrar sobre sus propias causas y ensancha el círculo de los errores haciéndolos populares. Recorred una tras otra las producciones del realismo contemporáneo; reconocéis en ellas por todas partes la generacion natural de los errores madres que lo han engendrado poco á poco á él mismo. Las veis sucesivamente, y á veces simultáneamente, reflejar todos los colores y todos los matices del error viviente, así el naturalismo, como el panteismo, y el ateismo, y el materialismo, y el positivismo, y el fatalismo, y el escepticismo, y el nihilismo doctrinal. Todos estos sistemas mas ó menos groseros pasan arrojando sobre las obras realistas sus triste reflejos; y por poco que sepais ver, reconocéis en el realismo contemporáneo el rasgo visible de una afinidad auténtica con todas esas aberraciones especulativas del pensamiento contemporáneo.

No digo, notadlo bien, que el realismo haga profesion de enseñar todos estos errores; sino digo que lleva por todas partes su imagen á las miradas del pueblo; y esta imagen mas visible y mas inteligible para la multitud que los mismos libros que las enseñan, grabándose en las almas, tiene por efecto desastroso el inculcar poco á poco en el alma del pueblo todos estos errores que amenazan hoy día el mundo; porque tiene, sobre todo, el poder de hacerlos mas y mas populares y de emplear mejor para disimular su fealdad el prestigio de la belleza. Los artistas y los literatos de profesion, de ordinario al menos, no tienen la pretension de ser pensadores. No encuentran la idea, pero le forman una auréola; no son las lumbreras, son los espejos que reflejan su luz; no son reveladores son propagadores; no son mesías sino após-

toles; no son iniciadores sino vulgarizadores. Y todos los mesías y todos los reveladores que el siglo nos envía para abrir á los errores nuevos los caminos del porvenir, no tienen auxiliares mas poderosos ni cómplices mas populares.

El realismo contemporáneo, y en particular el realismo del teatro y de la novela, ha obtenido, en estos últimos años, triunfos ruidosos que han dado á sus producciones un renombre dilatado y profundo; y no acace jamás en vano que haya obras, sean cuales fueren, que obtengan la ovacion de la multitud y las aclamaciones de un siglo. Pues bien, lo que impresiona sobre todo en estas obras malsanas es la atmósfera de error y de escepticismo que se respira en ellas por todos lados. Aun cuando la obra realista de nuestros días no pretenda enseñar ni dogmatizar; aun cuando no ataque ningun símbolo religioso, ni verdad moral alguna, es, sin embargo, perniciosa. Lo que se siente en ella mas que cualquiera otra cosa es la ausencia de toda doctrina, el desdén de todo símbolo, la negacion de toda fé y de toda creencia positiva. ¿Qué digo? El indiferentismo de la conciencia y el desprecio de los principios se ostentan allí por todas partes. El realismo es en el dominio del arte lo que el positivismo es en el dominio de la ciencia; es una *eliminacion*; eliminacion sistemática que resulta de las exigencias mismas de esta grande y universal heregia del arte y de la literatura. Su primer dato, su dato fundamental, es, como hemos visto, la imitacion exacta, en otros términos, la fotografía de lo real, de lo real que se ve, de lo real que se toca, de lo real que crea su imagen *tal cual* bajo un rayo de sol material. De aquí la eliminacion y la separacion absoluta de todo lo que escapa á este imperio del calco y de la fotografía material. El alma escapa al pincel ó al cincel del artista; la conciencia no se deja calcar; los principios no se dejan ni pintar ni esculpir; la moral

no se deja fotografiar. Luego, todo esto queda eliminado en masa de todo el dominio del arte.

De aquí resulta en el artista realista una independencia de toda regla, y de todo principio, y de todas las conveniencias morales, sociales y religiosas; de aquí una exageracion de personalismo que salta toda barrera, rompe todo freno y convierte el pretendido génio del arte en un no sé qué desenfrenado, feróz, furioso, arrebatado, semejante á un caballo invadido de un vértigo que corre sin direccion y sin objeto á través de los abismos. Así es como nuestros grandes realistas hacen del arte una potencia absolutamente libre, y que no depende mas que de sí misma; la colocan sobre un trono en que ninguna potencia tiene ya derecho á tocarla; mas alto que la sociedad, mas alto que la religion, mas alto que la moral, mas alto que la conciencia, mas alto que Dios, mas alto que todo; y se les oye desde lo alto de esta soberanía que usurpan, enviar al mundo atónito con tal comportamiento, decretos y oráculos como este: "Los artistas no obedecen á reglas ni á principios. Cada uno obedece únicamente á sí propio, á su naturaleza, á su temperamento, á su carácter, á ese conjunto de aptitudes que constituyen su individualidad. Cada artista está dotado de un temperamento particular; y no hay nada mas absurdo que procurar, bajo pretexto de moral ó de otra cosa, corromper este temperamento. A mi modo de ver, las conveniencias del arte debían pasar antes de las de la sociedad; yo no desconozco ninguno de mis libros."

De esta manera, como se ve bien claro, el artista es rey, no en el sentido en que nosotros aplaudimos su majestad, en el sentido de la influencia y del ascendiente que tiene derecho de ejercer sobre las almas, sino que es rey en ese sentido satánico que reprobamos, en el sentido de esa independencia absurda é imposible que lo hace superior á toda regla, á todo